Año II.—5 Junio 1889. PRECIO DE UN NUMERO, DIEZ CÉNTIMOS Núm. 59

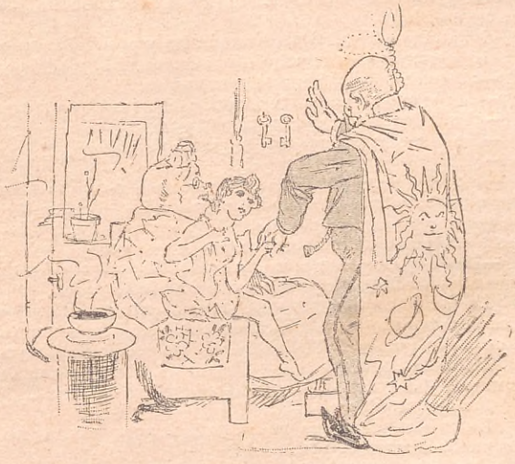
Horas de oficina:
DE ONCE A CUATRO
LOS DÍAS NO FERIADOS

Demi-Monde

Administradores:
F. BUENO Y COMPAÑÍA
PONTEJOS, 10

Precio de suscrición: una peseta mensual, con derecho cada mes á un tomo de la BIBLIOTECA DEMI-MONDE

1.—Que el hipnotismo es ciencia,
lo voy á demostrar con la experiencia.
La operación, señora, es muy sencilla.
¿Qué quiere usted que la haga?
—Una chiquilla.



2.—Y, dicho y hecho: de la pobre anciana
sacó una chica virgen y lozana:
es decir, que la vieja, adormecida,
en su infancia se vió reproducida.

3.—El mágico moderno
no la habló de la gloria y del infierno,
pero sí de dañosas tentaciones
que vienen á parar en los... varones.

4.—La chica, á los preceptos obediente,
nada quiso tomar de la serpiente;
al contrario, que fué tan campechana,
que la dió á la serpiente la manzana.

5.—Y, logrando romper su servidumbre,
burló á su protector, según costumbre,
llegando á ser primera bailarina,
una estrella del arte... matutina;
y el mágico bramaba:
—¡Para esto yo á mis pechos la criaba!

—Todo consiste en saber buscar, me decía un amigo: mujeres hermosas y vacantes, nunca faltan; pero no se vienen á la mano sin que se las solicite.

Mi amigo es á un tiempo romántico y positivista en el asunto.

En cuanto hay carreras de caballos en el Hipódromo, allí está él.

—¿Eres aficionado? le pregunté un día.

—No: lo que menos me importa es el espectáculo, respondió.

—¡Ya! ¿Vas adonde va la gente?

—No lo creas; voy adonde se puede ver algo.

—¿Eh?

—Sí; con esos coches de tres ó cuatro pisos, á la inglesa, se facilitan las observaciones. Durante las carreras, las propietarias ó sus amigas se ponen en pie para ver mejor la pista, y figúrate tú lo que veremos los transeuntes de infantería, al menor descuido.

—Hasta que se entere un día cualquier pariente de alguna de ellas, y te atice un botellazo ó te sacuda un pie de paliza.

En día de corrida de toros, para encontrar á mi amigo no hay más que buscarle al pie de la escalera que se ve á la izquierda, como entramos por la puerta de Madrid, y que da paso para las gradas y palcos.

Allí, absorto, con los ojos chispeantes, observa la variedad de la naturaleza, viva ó cruda, en una mitad de la humanidad.

Esto es, en el sexo débil.

Es un muchacho que parará en mal, porque su espíritu observador no puede acarrearle otra cosa.

Para él nunca hubo género literario como el que ahora se usa.

Literatura en piernas y arte *sans ceremonie*, con viñetas intercaladas en el sexto, digo, en el texto.

Sabe de memoria los nombres y los apellidos paternos y maternos y alternos de las muchachas del cuerpo de coros en todos y cada uno de los teatros de Madrid donde «se pone el grito en el cielo.»

Las conoce y las trata con mucha franqueza.

Sus *beefsteaks* le han costado, por supuesto, llegar á la posesión de conocimientos tan interesantes.

Se entera de los nombres de los autores de cada obra nueva anunciada en los carteles, y por ahí deduce el número de pantorrillas, ó la cantidad de piernas que ha de ver.

Es decir, las formas literarias y artísticas de cada producción.

Y no suele equivocarse, porque conoce el estilo de cada cuál de esos autores con que cuentan algunas Empresas para el consumo.

El tipo de mi amigo abunda.

Es infinito el número de ejemplares.

Hay personas á quienes gusta más ver la fruta en el árbol, que comerla.

Caprichos como el de hacerse *jockey* un muchacho de costumbres morigeradas.

Cuando menos lo piensa, se revienta, como ocurrió el domingo último á uno de la clase.

La carrera equitativa, como la denomina un señor que quiere que le saquen diputado ó que le saquen cualquiera cosa pública, tiene quiebras, como la carrera taurina.

Verdad es que también tiene encantos.

Eso de excitar la atención y la simpatía de tantas damas bonitas y elegantes, y de tantas personas importantes, halaga la vanidad del hombre de elevadas aspiraciones ó de aspiraciones de alta monta.

Ellos le aprietan las manos, ellas le saludan y sonríen, cuando gana.

¿Qué mujer medianamente culta rechaza á un jockey que le habla de amor?

En Inglaterra, que es el país de los jockeys, suelen éstos inspirar pasiones... inglesas, pero terribles.

En España aún no ha empezado la moda de enamorarse de los jockeys.

A uno que decía á una de nuestras más aplaudidas chulas:

—*¿Mi querer you á mí?*

Respondió la chica:

—Hijo, yo no tomo novios al peso.

—¿Qué? preguntó él.

—Que no quiero yo á un hombre al que pesan lo mismo que á los gallos ingleses, y que no come, para no engordar, sino cañamones y alpiste. Eso sería tener relaciones con un jilguero. ¡Me parece!

¡Y cuidado que en nuestros país hay propensiones al matrimonio!

Raro es el día en que los periódicos no hablan de algún enlace; y de algún desenlace trágico, también hablan.

Y es lo natural; en cuanto apunta el verano, ya no sabe uno qué hacerse.

Y ¿qué ha de suceder?

Que se casa, ó que se hace ropa.

E.

LAURA

Vivíamos frente por frente.

En la misma calle y á la misma altura sobre el nivel de los caballeros transeuntes.

Laura en el segundo de la casa núm. 17, y yo en el segundo de la núm. 16.

Las casas eran de la misma época, á juzgar por el gusto de su construcción.

De suerte que yo podía descubrir cómodamente hasta la alcoba de Laura, cuya habitación tenía una puerta grande con cortinones, que correspondía con la abertura del balcón.

Formaban una y otra habitación un estereóscopo gigantesco, de un solo cristal, que pudiera imaginarse el observador colocado en el hueco del balcón de Laura.

Otros dos cortinones elegantes, colocados por dentro del balcón, dificultaban el examen ocular.

Mi alcoba y sala destinadas á mi uso por la patrona, ocupaban posiciones semejantes á las de mi vecina Laura.

También, para defenderme de investigaciones impertinentes, había cortinas en la puerta de mi alcoba y en el balcón correspondiente.

Pero cortinas más humildes que las de la casa de mi vecina.

¡Ya lo creo! Como que ella era viuda de un americano inmensamente rico; de un Vanderbilt anónimo que se enriqueció en California, y mi patrona era viuda también, pero de un subteniente Mochila, muerto en acción del tiempo, retirado, y sin asomos de llegar á reunir, aunque hubiera vivido otras dos ó tres décadas de subtenencia, cinco duros en cinco piezas, ni en perros chicos siquiera.

Yo, por mi parte, doncello también retirado, aunque temporalmente, no estaba para más lujos que mi patrona.

Laura era una mujer completa, salvo alguna falta.

Pero no faltas de hermosura, ni de formas, ni mucho menos; que hubiera podido pasar por modelo en el estudio del pintor más escrupuloso en la clase.

¡Qué modelo!

Recojamos naturales impulsos.

Laura no tenía más faltas que las naturales en una viuda, y viuda de un millonario caprichoso.

Pero no estaban á la vista.

Eran faltas... de carácter, digámoslo así.

No hay para qué decir que desde que alquiló aquel piso, y yo la ví en un balcón, ya no pude parar dentro de mis habitaciones cinco minutos del día, ni menos de la noche.

Cuando no salía de casa, estaba de codos en el balcón, ó sentado en una butaca junto á él, aguardando para ver á mi vecina en el suyo ó en alguna de las habitaciones explorables.

Las butacas de mi patrona se habían quedado tan flacas por los disgustos, que pudieran verse las costillas á través de la piel que á trozos las cubría.

Así era que yo me levantaba con las mías doloridas cuando pasaba un rato sentado en alguno de aquellos muebles, tan estimables cuando están bien de carnes.

A Laura no le parecí del todo mal á primera vista.

Menudeaba sus salidas al balcón.

Ya nos saludábamos al tercer ó cuarto día de habernos visto.

El hallarse adelantada la estación de verano favorecía nuestras entrevistas mudas.

Luego que, como la calle, aunque no ancha, sí era lo suficiente para no poder entendernos sino á voces, por el mucho tránsito de carruajes, forzosamente habíamos de contentarnos con miradas y sonrisas.

Pero el lenguaje universal vino en mi auxilio.

La mímica.

Laura no me entendía algunas veces; otras, sí.

¡Con cuánta envidia recordaba yo á esos coreógrafos que hablan con los pies y con las manos en el teatro de la Opera, cuando lo exige el argumento!

Sin embargo, ella me respondía también por señas, retirándose siempre del balcón al interior para que no se enterase de ellas un joven que vivía en una casa lindante con la mía y que siempre estaba mirándola con unos ojos tan tristes...

Un chico, hijo de un alquilador de coches y aprendiz de abogado él, que parecía un cabrito á medio asar.

Por entonces empecé á notar algunos descuidos en Laura.

Los cortinones del balcón estaban siempre remangados, pretextando la viuda que era para dejar paso al viento fresco.

Los de la alcoba no.

Pero Laura, al desnudarla su doncella, tenía buen cuidado de colocarse entre la luz y los cortinones, de suerte que me mostraba, á mí solo, su escultural silueta.

Era una dedicatoria que bien merecía otra cualquiera.

Y yo empecé á prescindir hasta de las cortinas de mi alcoba para vestirme y desnudarme, sin estorbos de telones.

Ella, como por descuido, tenía unos gemelos de teatro sobre una preciosa mesa de noche.

Era una lección que aproveché.

También yo andaba por casa con gemelos.

Me los compré en casa de Aramburo, y Laura tuvo buen cuidado dejustificar aquel gasto.

Y así sucesivamente.

Pero como estas impertinentes observaciones (no astronómicas) no se podían prolongar, á las ocho ó diez la pregunté en coreógrafo mímico:

—¿Podré pasar á visitarla?

Y muy alegre contestó que sí.

No sé cómo bajé de mi casa ni cómo subí hasta la suya.

Sé que, sin llegar á tocar el timbre, me abrió la puerta ella misma.

Que cuando estuvimos solos en su gabinete, y encerrados por dentro, me abrazó con locura, aproximó su boca á mi boca, que iba á dejar de hacérseme agua... y...

En seguida me indicó un almohadón bastante cómodo y elegantísimo, que colocó en el suelo, delante de una cómoda marquesita.

Y después se sentó.

Ví tan cerca sus hermosos ojos...

Laura me dijo con voz entrecortada y dulcísima:

—¡Mi vida! te amo; pero respétame.

Debo declarar noblemente que no accedí á su ruego.

E.

LA OPORTUNIDAD

La moza más esbelta y más hermosa,
la más espiritual, la más graciosa
en toda la comarca, era María;
y, aun cuando Casimiro lo veía,
y así lo declaraba,
y por ella el mancebo se moría,
de inocentes piropos no pasaba.
Ella niña, y él niño,
se profesaban fraternal cariño;
pero así como el cuerpo se reforma,
como pasan los años de la vida,
el cariño también cambia de forma,
ó el objeto se olvida,
y, al hallarse con nuevos elementos,
se cambia de objetivo y sentimientos.
Los diecinueve Abriles no tendría
María, cuando Antonio vió á María,
y al poco tiempo, Antonio
pidió á la chica en santo matrimonio.
No halló el padre ningún inconveniente,
y tampoco María: él era rico,
buen mozo, bien criado y muy prudente;
lo que se llama un excelente chico.
Por fin, que los casaron,
y en aquel mismo pueblo se quedaron.
Cuando vió el inocente Casimiro
á su amada en poder de otro mancebo,
pensó, á sus solas, en pegarse un tiro;
pero como el recurso no era nuevo,
ni el daño remediaba,
acudió á consultar en los autores,
porque, al fin, bien ó mal, deletreaba,
y halló medios más suaves y mejores,
si no para evitar lo sucedido,
para hacerle la barba al buen marido.

Por su parte, María
pensaba en Casimiro, y se dolía
de que el tímido mozo enamorado,
al otro no se hubiese adelantado.
Aún no habrían pasado cuatro meses
cuando el diablo incitante,
y atento á sus infames intereses,
juntó á María con su antiguo amante.
Es decir, con el que ella suponía
que la amaba, aunque nunca lo decía;
quiso huir Casimiro; pero luego,
sin darse cuenta, y atrevido y ciego,
y por la soledad autorizado,
en medio de un ambiente que sofoca,
con un beso insolente y apretado
tapó á María la entreabierta boca.
«Y ella .. altiva, indignada...»
dirán ustedes, «rechazó al amante...»
Pues no le rechazó, ni ocurrió nada...
Desde entonces acá no se ha sabido
los besos que María ha recibido...
Y si luego pasaron adelante,
no lo quise saber, que ya es bastante.
Esto es que al hombre, siempre incorregible,
no le enamora más que lo imposible.
Y son las privaciones
orígenes de bárbaras pasiones.

P.

EN PLENO DEMI-MONDE

EMEDIOS, la hermosa *cocotte* que había arruinado á un banquero judío (*tour de force* increíble), celebraba sus días.

Yo había sido invitado á la cena después de muchas solicitudes, porque es de advertir que para las fiestas de Remedios había que echar memoriales. Yo no conocía el *demi-monde* y anhelaba conocerlo.

El amigo á quien debí el placer de alternar con los favorecidos de la gran mujer, me lo había encargado mucho antes: No te presentes encogido, me advirtió; haz por aparecer desembarazado.

—Hombre, como desembarazado, lo estoy, le contesté.

Llegó la noche prefijada para el festival; la hora de la cita era después del teatro.

Me vestí de punta en blanco; con un mozo de La Peña envié delante de mí un magnífico ramo, que me costó veinte duros.

Esto ya era pagar algo cara la entrada; pero ¿y el honor de cenar con Remedios y compañeras mártires, ya que no vírgenes? ¿Y el tono que me iba á dar al día siguiente?

Salimos de La Peña mi amigo y yo; á casa de Remedios llegamos los primeritos. ¡Qué emoción la mía! ¡Con qué amabilidad me recibió la diosa de aquel templo pagano! Porque su saloncito rosa era un verdadero templo: tal era el número de ofrendas.

La misma diosa se arrancó de su pecho un clavel blanco, que parecía nacido en él, y me le colocó en la solapa del frac.

¡Qué de distinciones la merecí!

¿Pues y á sus compañeras y amigas Lola, Elvira, Patrocinio, Mercedes y Amparo?

Aquella noche todas las distinciones fueron para mí.

Tantas lisonjas de mujeres, hartas de recibirlas, me aturdían; sin embargo, no me dejé embriagar ni por la adulación ni por el Champagne.

Allí había títulos nobiliarios, militares de alta graduación, bolsistas y hasta un ex ministro.

¿Por qué era yo, chico modesto; yo, Juanito García Poderoso, el preferido?

Al final lo descubrí.

Mi amigo, al presentarme, lo había hecho en esta forma:

—Remedios, tengo el gusto de presentarte á mi amigo D. Juan García Poderoso, de Palencia.

Pero, haciendo una pausa en García, ella, Remedios, y sus amigas, confundieron: D. Juan García, poderoso de Palencia.

Así me sitiaron.

Después de la cena salieron á relucir unas barajas francesas que yo no entendía, y me sacaron del primer envite los veinte duros que me quedaban.

— ¿No juega usted más? me preguntó Remedios.

Yo respondíla candorosamente:—No tengo más dinero.

—Pues ¿no es usted poderoso?

—Sí, señora, por parte de madre.

Cuando se enteraron de la broma, no se acercó nadie más á mí.

Y desde entonces no he vuelto á pisar la casa de Remedios.

Ni mi amigo tampoco.

S.

SEGÚN

Me casé con Sinforosa,
que era una chica de Oviedo,
joven, dulce y candorosa,
y se me murió de miedo
al ver... yo no sé qué cosa.
Viéndome en la viudedad
tan triste y desamparado,
llorando en la soledad,
resuelto á cambiar de estado,
conocí á Natividad.
La dije:—«Soy un león,
sentiré que te disguste;»
y ella replicó:—«Zenón,
no hay cosa que á mí me asuste:
tengo mucho corazón.»
¡Qué luna de miel, qué luna!
No mintió mi dulce dueña,
al decirme la muy tuna:
«Lo que es grande para una,
para otra es cosa pequeña.»

E.

BURLA BURLANDO

De Triana:

—Mi hijo Currito nació ya con dos dientes.

—Pues yo dí á luz á Perico... vacunado y todo.

—o—

—Joven, dice un beodo á una muchacha transeunte: ¿quiere usted darme fuego para esta punta?

Y diciendo esto, la enseña una punta que parece de cigarro puro.

—No llevo, responde la chica.

—¿Y qué hago yo con esta colilla, vamos á ver?

— Póngasela usted detrás de la oreja.

—o—

«Tú eres mi vida;
tú eres mi gloria;
oir sólo tu nombre,
me pone medio loca;
tú sólo eres mi dueño.
Tuya será tu Rosa.»
«Pues bien, si tú me adoras,
haz todo lo posible,
y á ver si sales sola.»

—o—

Jugando al escondite varios jóvenes de uno y de otro sexo respectivamente, se extravían uno y una.

Los compañeros los llaman inútilmente.

La mamá de ella también grita y se impacienta.

Por fin regresan á la plazoleta donde están los demás jóvenes.

Ella trae el vestido manchado de barro.

—¿Dónde has estado, niña? la pregunta la mamá indignada.

Y ella responde:

—¡Ay, mamá! ¡Que me he caído!

—o—

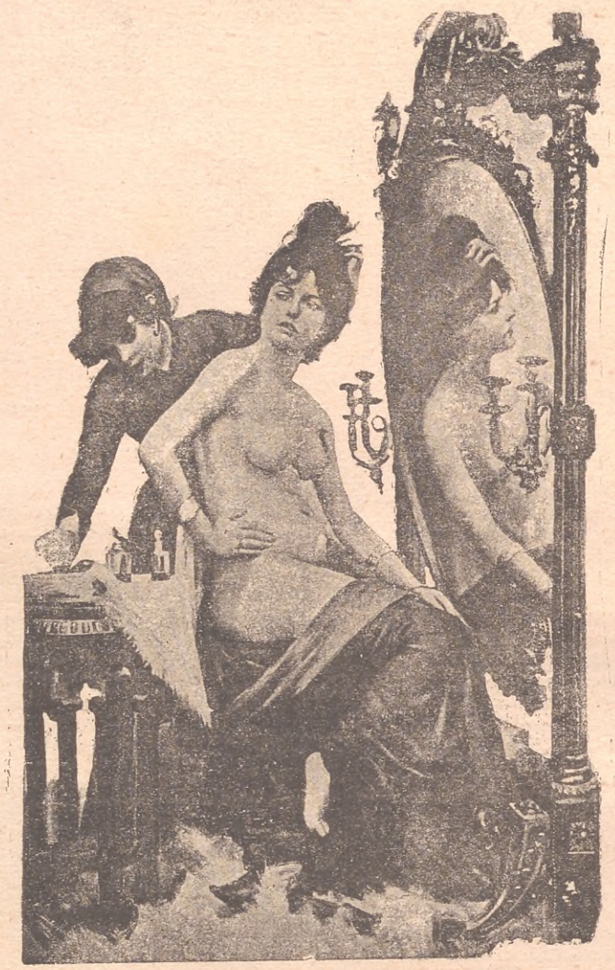
—Señor, tengo la sospecha
de que mi esposa es infiel,
decía, muy compungido,
un hombre casado á un juez.
Y éste objetó: —Si no hay pruebas,
nada podemos hacer.
—¿Conque nada?
—No, señor,
mientras no lo vea usted...

—o—

—La he enviado un ramo de flores, y dentro un billete de quinientas pesetas.

—Pues cuenta con ella; es una chica muy delicada de olfato, y ese aroma la enloquece.

—o—



—Esto de ser morena es una pena,
que á los hombres les da por la blancura;
y siendo... como yo, se me figura
que se puede tomar á una morena.

D. Carlos, que á pesar de su fama de gastoso es un hombre metódico, perdió anteayer en las carreras de caballos 4.000 pesetas.

Para resarcirse de esta pérdida, se ha propuesto hacer las economías siguientes:

Suspender, *por causas de salud,* las comidas que daba cada quince días.

Olvidarse del Santo de su esposa.

Suprimir el abono del coche.

Y, por último, no engañar á su mujer en una quincena.

—o—

Disculpando su quehacer
el tal Pepe, que es un zorro,
le ha contado á su mujer
que es el jefe desde ayer
de la Casa de Socorro.
No sabe la pobrecita
que quien á su esposo quita
de acudir á lo primero,
es Socorro Sacaguita.
¡Válgame Dios! tres, tercero.

—o—

Entre gente de dinero:

—¿Dónde está Amparo, que hace muchos días que no la veo?

—Cansado ya de lo que me gastaba, hace algunos días que la tengo metida en mi caja de metálico, para demostrarla que el dinero no es la felicidad.

—o—

Guardaba por humorada
un toro manso, Bellido,
en su casa de Granada,
y díjome Inés:—Querido,
siempre temo una cornada
del toro de mi marido.

—o—

La Administración de este periódico advierte á los señores suscritores cuyos abonos estén vencidos y deseen renovarlos, que deben pasar á verificarlo por estas oficinas, para elegir los tomos que, como regalo á la suscrición, hace á dichos señores la Biblioteca DEMI-MONDE.

E. RUBIÑOS. IMPRESOR. MADRID.

Tomos publicados.

I. Il far niente.
II. La Colegiala.
III. En la misma tronera.
IV. A salto de mata.
V. Por un lunar.
VI. Las niñas frágiles.
VII. ¡No abuse usted!
VIII. Reservado de señoras.
IX. Un cuarteto peligroso.
X. Los tres besos.
XI. Pensión française.
XII. ¡No me toque usted!
XIII. Estaba escrito.
XIV. Una señorita del coro.
XV. Cuando ellas quieren...
XVI. Cinco minutos en globo.
XVII. Amor sáfico.
XVIII. Errar el golpe.
XIX. Las tres píldoras.
XX. El forasterito.
XXI. ¡Ponte la peluca!
XXII. Amor libre.
XXIII. La cortesana de Smirna.
XXIV. El polvo del camino.
XXV. Las gemelas.
XXVI. Entre dos fuegos.
XXVII. La niña rubia.
XXVIII. Entremeses.
XXIX. Dos enteros y un quebrado.
XXX. El mono sabio.

BIBLIOTECA

Demi-Monde

—

Acaba de publicarse el **tomo 59,** *titulado*

Conde de Cabra.

Tomos publicados.

XXXI. El hijo del destino.
XXXII. La tuna.
XXXIII. La reina de las peras.
XXXIV. La vaina del espadín.
XXXV. Tres eran tres...
XXXVI. La Giralda.
XXXVII. Foblás II.
XXXVIII. El instrumento.
XXXIX. Un conejo para dos.
XL. Las de Garabatillo.
XLI. Virgo y Capricornio.
XLII. Consuelos conyugales.
XLIII. Los polvos de Quiroga.
XLIV. Las cantonales.
XLV. Dos primos.
XLVI. Refugio de pecadores.
XLVII. La primera fresa.
XLVIII. La noche de novios.
XLIX. Figuritas de barro.
L. Entrar con todas.
LI. Los caprichos de Conchita.
LII. Las medias rojas.
LIII. ¡¡Usted no es hombre!!
LIV. Carambola conyugal.
LV. Memorias de un cochero.
LVI. Cornelio.
LVII. Carne morena.
LVIII. Carne blanca.
LIX. Conde de Cabra.